

F. GAMBOA.

ra ocasión que por allí se llegaba causaba profunda sensación. Lo suponían enfermo. Los comentarios estaban muy disminuidos en razón de que ya no andaba tan frecuentemente con Su Excelencia. Conformábanse con envidiar su buena suerte que le permitía ser empleado únicamente para recibir el sueldo,—“que no era nada malo”—se decían

En ese día, el primero que llevó un sofocón fué el portero. A poco grita socorro, creyendo que querían asesinar á don Javier. Al notar su feroz aspecto, no se atrevió ni á saludarlo. Inclínole la cabeza y á distancia, esperaba sus órdenes.

—¿Está el Ministro?—preguntó Javier sin fijarse en sus ademanes.

—Sí señor, llegó hace poco.

—¿Tiene usted papel en su mesa, Florentino?

—Sí señor, sí hay—y diligentemente sacudió la carpeta retirando su silla para que pudiera sentarse el señor oficial.

Sentóse Javier y se puso á escribir su renuncia. una renuncia seca y concisa, por su salud y agradeciendo.... en fin, las frases más triviales. Temía que algo pudiera traslucirse. Al concluirla, tomó una cubierta con el sello de la oficina, la rotuló y después de pegarla, la alargó al portero diciéndole:

—Para el señor mayor.

Hizo una reverencia Florentino y se apresuró á abrir la mampara que conducía al despacho del

LA EXCURSIONISTA.

I

El paradero del Ferrocarril Central Mexicano en el Paso de Tejas, estaba concurridísimo.

Corrían por el andén los empleados dando sus últimas órdenes; las carretillas de equipaje y carga rodaban á su vez, furiosamente impulsadas por manos muy poco cuidadosas; la locomotora no cesaba de arrojar una pequeña columna de vapor por su válvula de seguridad; algunos chinos miraban con su indolente filosofía ese movimiento conmovedor; vendedores ambulantes ofrecían sus mercancías á los ya instalados pasajeros, que se asomaban á las ventanillas de los lujosos coches-dormitorios, vigilados desde sus escaleras por los camaristas de color, vestidos de gran uniforme. Se escuchaban conversaciones sostenidas á distancia; hablábanse inglés y español; nadie se entendía ni procuraba entenderse; todo se hallaba listo para partir.

Era una de tantas excursiones de viajeros americanos que han dado en visitarnos todos los veranos, la que ocasionaba esa premura y esa diligencia.

Ya el conductor iba á ordenar la marcha, cuando se presentó una viajera más, seguida de un mozo que llevaba dos maletas de mano. Sin detenerse en el expendio de billetes, subió resueltamente al último coche, mostró el que la autorizaba á ocupar ese tren, tomó sus maletas, despidió al que las había conducido, con una moneda que le dejó caer, y preguntó en correcto inglés por la cama número nueve. Se la designaron, y sin saludar á ninguno de sus compañeros, se sentó en la banqueta de terciopelo que le correspondía, sacó un periódico y púsose á leer sin levantar el velo de su sombrero.

A nadie llamó la atención esta entrada; no son los americanos los que se preocupan de que no se les salude, ni mucho menos si es una *lady*. Viajan por divertirse, y en paz. Por eso son tan partidarios de este género de excursiones. Cuéstales poco y se divierten mucho sin tener que molestarse en trasbordes, cuidado de equipajes y demás inconvenientes naturales á una expedición. Un agente conecedor de su oficio, es el que se encarga de procurar alimentos, carruajes, hoteles y todo lo indispensable á un desembarque, mediante la retribución que entre todos se paga. Apenas si notaron á la señora.

En una de las maletas de la recién llegada, podía leerse grabado en metal el nombre de "Miss Éva Blackhill," y su traje, poco ó nada ofrecía de particular. Un largo cubre-polvo seguía los pronunciados contornos de su cuerpo, que parecía

excesivamente desarrollado, sobre todo en cuanto á la estatura, sin poder asegurarse qué cara tendría. El velito color de rosa que llevaba, se la ocultaba completamente. Sus pies, que, contra la costumbre reinante, procuraba enseñar lo menos posible, no eran nada pequeños.

Concluidos los últimos detalles, el convoy se puso en movimiento á las seis de la tarde, hora fijada. Los carros de carga, estacionados en las vías de escape, parecían caminar en sentido inverso; las oficinas de la estación lucían sus techos de pizarra y sus chimeneas de ladrillo, en las que se reflejaban los amortiguados rayos del sol poniente. Pronto llegó el tren á las márgenes del río Bravo, cruzando el puente internacional que no demuestra estar muy satisfecho de tan importante cargo, á juzgar por los dolorosos crujidos que lanzan á la atmósfera las maderas de que está formado. Un momento después, se detenía en Paso del Norte, habiendo franqueado la frontera.

Las oficinas de la aduana hicieron una ligera inspección y no encontrando nada notable, descendieron con la majestad que acompaña al desempeño de un cargo cualquiera. Se sentían satisfechos con la curiosidad muda de que eran objeto, sobre todo el que llevaba un sombrero al estilo del país.

Encendiéronse las lámparas, y ya de noche, se internó el tren á todo vapor, por las desiertas soledades chihuahuenses.

Comenzaron las conversaciones á generalizarse

entre todas las señoras y sólo Miss Eva se conservaba aislada en su asiento y como dormitando.

En el cuarto para fumar, los hombres se traían una pacífica discusión á propósito de las ventajas y desventajas que ofrecería á esas llanuras, una abundancia de pozos artesianos. Se emitían opiniones muy encontradas; se citaban California, Nebraska y Arizona; se fumaba un tabaco inaguantable y se pasaba el tiempo en buena armonía.

El camino sin aliciente alguno, envuelto en la densa oscuridad de la noche. No se veía más que las chispas que arrojaba la locomotiva, simulando en su vuelo fantástico, un mundo de esos insectos luminosos que pueblan los campos. Alcanzábanse y arremolinaban, cayendo sobre la yerba con convulsiones de agonía para extinguirse en seguida y ser reemplazadas por otras nuevas que sufrían la misma suerte. Marchábase á buen paso. Agotados los asuntos de la conversación, se disolvió el grupo, yendo cada viajero á hundirse en su cama, alistadas hacía tiempo.

El despertar del día siguiente fué temprano. Los caballeros cruzaban el coche en dirección al lavador con la ropa sobre el brazo y los tirantes caídos. En el tocador de las señoras había su alarma. Ocupado por Miss Eva, cuya tardanza en abrir era inexplicable, se impacientaban las demás de ese pudor exagerado. ¡Era el colmo, ocultarse de ellas como si fueran varones! Generalmente, dos ó tres se asean al mismo tiempo, hablando

poco y sin fijarse en los hábitos de la vecina. Qué más da que personas del mismo sexo se descubran mutuas y ligeras imperfecciones, si los trajes las hacen desaparecer completamente? Salió Miss Eva, al fin, vestida siempre con el enorme guardapolvo, con su sombrerito y con su espeso velo. Saludó disculpándose de su tardanza y luciendo una voz tan fuerte, como la del mejor contralto. —¿Sería cantante?

Llegados á la estación donde debían almorzar, todos notaron que Miss Eva, se hacía servir á bordo, y por poco curiosas que fueran, tanta excentricidad comenzó á chocarles. Abrióse paso á los comentarios y á las suposiciones.

—¿Sería...?

Y una ráfaga de pudor avivó los hermosos colores de las señoras. Era preciso averiguarlo, y si las sospechas resultaban ciertas, poner inmediatamente el remedio. Buena es la república y buena la libertad individual, pero con taxativas, sin abusar. Iba alguna gente distinguida que no se resignaba á un contacto cualquiera. El presidente de una sociedad de seguros, de Kansas; un antiguo pastor evangélico, en vacaciones,—con su esposa y sus dos hijas,—que siempre anteponía á su firma la sílaba "Rev.;" un candidato al puesto de alcalde, en un pueblecito de Colorado, que se hacía llamar honorable, aunque nunca había sido electo; un profesor... de acordeón, con academia establecida en Los Angeles, y comerciantes de Chicago, cervecedores de Saint Louis, en fin, gente

que tenía derecho por su conducta y por su solvencia, á algunos miramientos. Además, iban bastantes muchachas con novios ó sin ellos, pero cuya castidad era indispensable resguardar hasta lo último. Llamóse al agente, responsable directo del abuso, y se le interpelló por varios miembros de la excursión, con dureza y con seriedad acerca de los antecedentes de la señorita Blackhill. El agente era un buen chico, incapaz de enfadarse y mucho menos en ese caso en que comprendía que obraban con sobrada razón. Tampoco él había podido sacar gran cosa en limpio; al despacho de la agencia habían pedido un billete para ese viaje, incluyendo en timbres postales el precio de pasaje, y diciendo que era para una joven recomendable por todos conceptos y que deseaba escribir algo respecto á México. Pero en Tejas, había logrado averiguar que Miss Eva viajaba por olvidarse de un amante que la había engañado con circunstancias agravantes. Y relataba éstas maliciosamente, en voz muy baja, obligando á los que lo escuchaban, á inclinar la cabeza y acercársele mucho.

Se oyó en ese momento la voz del conductor ordenando la partida, y con ansias, empujándose, magullándose, se subieron á los carros en completo desorden. Ya la curiosidad bien despierta por la pimienta que el agente había prodigado en su relato, no podía quedarse sin saber el resto. Reunidos de nuevo en el cuarto de fumar, los varones habían tranquilizado á sus familias, al pasar,

prometiéndoles contárselo todo, después, cuando ella no lo observara.

—Y ya verán, tiene gracia,—decían dándose de codo y riendo á carcajadas.

El auditorio del agente había aumentado; todos los asientos estaban ocupados, agolpábanse personas de pie, en la puertecita, empinándose sobre las demás para no perder palabra ni detalle. La ventilación de las dos ventanillas era insuficiente, se respiraba con dificultad y se sudaba muchísimo. Hubo que volver á contarle todo, con más libertad, y deteniéndose en los puntos espinosos.

—No es posible, es broma de usted,—exclamaban interesados. Y el agente juraba que sí, que lo había sabido por casualidad pero de buena tinta. Para concluir les comunicó una observación que acabó de exaltarlos, de enrojecerlos. La víspera, mientras Miss Eva dormitaba descuidadamente, había podido ver por debajo del vestido la extremidad de unos pantalones de hombre.

—Sí señor, de hombre,—les gritaba al ver que movían la cabeza en señal de duda.

—Y se cruzaron apuestas, se formaron dos bandos, de los que creían y de los incrédulos; se daban un plazo corto, hasta que llegaran, no se harían la guerra unos á otros, dejando que la casualidad ó el talento descubriera la verdad, conviniéndose formalmente en los términos, apalabrándose. Ya todos tenían interés por Miss Eva, era preciso hablarle, distraerla, hacerla entrar por el aro.

Nadie en la noche extrañó su ausencia del restaurant, se explicaba á las señoras esa conducta tratando de que les fuera simpática la desgraciada joven. ¿Qué haría sola y aislada en México? ¿Viviría con los demás? ¿Deberían proponérselo así, por humanidad, nada más que por humanidad? Convínose que al siguiente día, se lo propondrían, pero quién...? Sí, eso es, una encantadora rubia, única que había logrado poder hablar dos palabras seguidas con ella.

II.

—“Que no podía aceptar, aunque sí agradecía profundamente la muestra de consideración; sin que hubiera podido sacarle nada más”.

Tal fué la respuesta de la emisaria que contaba lo amable que había estado con ella Miss Eva, dejándose llevar de transportes cariñosos que absolutamente correspondían con su seriedad anterior.

—Me besaba mucho,—decía,—pero sin retirar su velo, y ni un instante dejó de acariciarme las manos.

—Pobre muchacha, tal vez muera pronto,—se dijeron todos, no volviendo á ocuparse en ella.

Comenzaba el país á ofrecer algo digno de interés y no se hablaba más que de sueños industriales y agrícolas que pudieran llevarse á cabo por empresas americanas solamente. Las señoras conservaban todavía por la misteriosa, un ligerillo rencor. Habían tenido que volver á esperarse esa

mañana, á que ella concluyera su dilatada estancia en el tocador. No atinaban con la causa de la tardanza, y aunque alguna de ellas se había levantado muy temprano con objeto de espiarla cuando saliera de la cama, ya Miss Eva estaba encerrada y no se había visto nada que aclarara el enigma.

Pasóse todo el día sin novedad, exceptuados los preparativos para la llegada. Los de la apuesta, prescindieron de ella, Miss Eva no había vuelta á descuidarse. Mandóse al agente á ver si lograba conversar con ella. Era muy vivo y hasta insinuante: había estado en Gibraltar! Por más que hizo, apenas si vió contestado su cordial saludo por una muda y fría reverencia de parte de la señorita Blackhill. Decididamente no había que ocuparse en ella. Al fin y al cabo era muy dueña de sus acciones y de sus palabras. Si no quería ser molestada, respetarla. ¿Se fastidiaría? pues peor para ella. ¿Deseaba hacerse notable? lo conseguiría.

La última noche de viaje se durmió mal y poco. ¡Se cuenta tanto de México, que los extranjeros arriban siempre con curiosidad! Desde temprano se levantaron para poder apreciar las bellezas de la mesa central y del valle, las lejanas montañas y los pintorescos pueblecillos de los alrededores. Las damas estaban trinando, no asistían á contemplar todos esos atractivos porque Miss Eva aún no salía del tocador. Lo hacía adrede, comprendiendo que las fastidiaba teniénd-

F. GAMBOA.

dolas en espera. Tocaban á la puerta con disimulado mal humor y le rogaban que abriera.

—Vamos á llegar y aún no estamos presentables—le gritaban.

Ella, siempre con su potente voz de contralto contestaba: “Un momento,” y ese momento no acababa nunca y el tren continuaba avanzando con gran velocidad; habían pasado ya de la última estación. Llamarían al conductor y obligarían á esa loca á abandonarles el puesto á que tenía derecho cualquiera pasajera. Por fin salió Miss Eva dando mil excusas que no le fueron contestadas ni devueltas; tomaron por asalto el gabinetito y ayudándose unas á otras, haciéndose lugar, en poco rato estuvieron listas.

Pisaban ya los dinteles de la ciudad. Un momento más y el tren se detenía en la gran estación de la compañía, que se encontraba colgada de banderas de entrambos países, festón y flores. Una banda alquilada saludaba á los recién venidos y una turba de curiosos tenida á raya por la reja de madera y los sobrehumanos esfuerzos del guardián, asomaba la cabeza por entre los barrotes. Los cocheros, de pie en los pescantes, llamaban parroquianos con el cabo de los látigos, y los agentes de hoteles y casas de huéspedes se multiplicaban repartiendo tarjetas y arrebatando maletas. Los cargadores mostraban sus números y los gendarmes se paseaban gravemente por entre la multitud. Dos intérpretes llamados por teléfono y asociados del agente, instalaron á los

DEL NATURAL.

excursionistas, en seis carruajes diferentes. Por cortesía se invitó á Miss Eva temiéndose un desaire; aceptó, y despachados los equipajes en los carros de un expreso, se dirigieron al centro de la capital.

El hotel preferido fué el de Iturbide. En la puerta se separó Miss Eva, pues, según dijo, disponía de un alojamiento privado que pensaba ocupar durante su permanencia. Recogió su pequeño equipaje, despidiéndose de todos los compañeros, besando únicamente á su rubia amigueta que le volvió su caricia, y partió sola, como si conociera las calles, sin el menor temor de extraviarse. Instalaronse los demás en las habitaciones que les fueron indicadas y sin emplear más que el tiempo preciso para sacudirse el polvo y mudar de traje, declararon estar perfectamente dispuestos á dar su primer paseo. Formáronse por parejas, dejando atrás á los de mayor edad, y custodiados por los serviciales intérpretes, lanzáronse decididos por las calles.

III.

—“Si quieres, iremos á verla, no está muy lejos.”

—Pero si dices que no había español.....?

—Qué importa, la conocerás y si es la misma que te ha gustado, te abandonaré el campo. Ya sabes que las americanas no son mi fuerte.” Y tomándose del brazo, emprendieron la marcha hacia la casita de Miss Eva.

Fernando, el que estaba interesado en la con-